





**El antro  
de las  
mariposas**

J. Moz

El antro de las mariposas  
© Jonathan Muñoz Ovalle (J. Moz)

Primera edición: Julio 2020

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin  
autorización del autor.

*A la musa de alas locas,  
esa que me susurra historias.*



## **Índice**

De espaldas      9

De lado          29

De frente        41





# **De espaldas**



# I

La noche aterriza con su remolino de voces, de gritos, de vicios; se expande con sus alas embriagadoras, eternas, delirantes. Es la noche antediluviana que a unos arrulla y a otros despierta... sedientos de sueños palpitantes, precipitados, como si mañana ya no hubiera tiempo. Y los despierta con una garra fría, tan fría que en el vientre de cada noctámbulo arde una llama preñada de placer.

Entre ellos va Eloísa, aventurándose, arriesgándose, descubriendo nuevas sensaciones, abriéndose, expandiendo sus placeres, desbordada sin límite.

En el ambiente revuelto se aprecia una disco de apariencia desgastada, de luces que bostezan. Hay una multitud que se

arremolina para lograr entrar. Las manos se alzan al compás de un *yo, déjenme pasar*, pero los cadeneros de porte arrogante y sobreactuado le niegan el acceso a la mayoría, como si gozaran alargar la espera. Eloísa los insulta en silencio mientras un hombre entrado en la tercera década, treinta y cuatro, acaso treinta y cinco años, le mira la silueta y se conmociona de gozo. Es un cliente asiduo. Al levantar la mano los hombres le permiten el paso. En cuanto avanza se gira y señala a Eloísa: *ella viene conmigo*. Los cadeneros se sonríen con él. A ella se le abre el mundo: avanza al lado del terrible flechador, a pleno contoneo, como se anda en una alfombra roja.

Ah, Eloísa, quién te viera, ninfa lábil en todos los senderos: si te vieran, si te vieras, cuánto has caminado y cuánto te falta caminar.

La disco se abre a través de un pasillo semioscuro. Los sonidos se acercan cabalgando entre los hedores mientras Eloísa le agradece al desconocido. Él no dice

nada, solo sonrío y posa una mano en el hombro de ella: ambas pieles se erizan. Al parecer, se avecina un relámpago en la noche.

Al final del pasillo, unas escalinatas conducen al lugar anhelado: sillas, mesas y banquillos, taburetes, vasos y ceniceros, risas, luces y música, además de siluetas confusas que asemejan una criatura de cuatro piernas, cuatro brazos y dos cabezas unidas por la boca. Él se entusiasma, Eloísa suspira, ambos se embriagan aún sin beber: la mirada se les llena, los labios ya les arden, las piernas tambalean, el vientre ya les gruñe. Y de repente, como si hubiera brotado de la nada, observan la pista de baile, ese punto que es mucho más que el corazón del lugar: una arena, un toreo, una cama multimatrimonial, una tabla de sueños y, también, una canastilla rumbo al cielo.

## II

A través del cuerpo de Eloísa se transita con facilidad, ya sea con las manos, con la lengua, con los labios o con todo el cuerpo. Es un territorio que a primera vista parece normal, pero una vez que se adentra en las zonas benditas el caminante se extasía y ya no quiere salir. Cada zona tiene un sendero y cada sendero culmina en cascada: qué aguas revolotean en la caída. El amante debe tener cuidado ya que puede embriagarse; incluso, ahogarse. La sensualidad de Eloísa es un embrujo divino: invoca, marea, induce a pecar. Poseerla es una catástrofe naciendo.

### III

La noche.

La noche anhelante de placeres.

La noche palpitante en cada mano.

La noche embriagante en cada poro.

Ah, la noche, la noche...

Y ahí está Eloísa con aquel hombre, Ariel. La conversación ha sido breve pero significativa; los silencios, largos pero llenos de miradas.

La pista de baile aún no se abre; no obstante, la bebida y los cigarros mantienen el ambiente enfebrecido y se dan las oportunidades de la cercanía y el calor. Ariel rompe los límites: la boca reptando en el cuello, en la mejilla, en la boca de Eloísa. Ella, acostumbrada a sentir la misma emoción al traspasar los límites; él,

exaltado con la novedad, con la piel turgente, con las formas que ya no encuentra en su mujer.

Y la noche sigue latiendo plena, monstruosa.



## IV

Sus pies asemejan las pisadas de una semidiosa, parece que salpican luz ahí donde camina.

Su empeine incita a escalar hacia confines prometedores.

Sus dedos, tan finos; sus tobillos, tan alados; inquietan y se antoja besarlos.

¿Qué calzadas habrán caminado esos pies de estela caprichosa?

Sus pantorrillas y sus muslos evocan a los escultores de tiempos antiguos.

¿Qué manos, qué cinceles dejaron ahí su eterna marca?

## V

De las siete hermanas, Eloísa fue la que nació menos bella: era la flor marchita en un jardín de pétalos exquisitos, en un jardín donde las miradas se detenían y se desbocaban lascivas, donde los deseos ardían y cada flor se plagaba de rocío viril. Eloísa era la más chica, la única niña entre jovencitas de formas y contornos inquietantes: todo ojo ganaba luz, crepitaba y se tornaba vértigo en aquel festín adolescente.

De todas sus hermanas, de todas sus primas, de todas sus amigas, Eloísa fue la única que experimentó una metamorfosis envidiable: la flor marchita reventó en una mariposa de alas enloquecedoras. Tenía diecinueve años cuando se manifestó la

transformación, cuando desató la envidia entre las féminas que la rodeaban y se internó en el sueño de los hombres: entonces la mariposa inició un vuelo irrefrenable.

Eloísa de la primera ebullición.

Eloísa de las caricias curiosas.

Eloísa de la exploración a fondo.

Llegaba a su habitación como poseída, los vapores le subían del vientre hacia los senos y presa del descontrol y la premura se tumbaba en la cama para ejecutar maniobras sin siquiera quitarse la falda del colegio. Y en el transcurrir de los días se admiraba en el espejo, ensayaba posturas y gestos, seleccionaba la vestimenta diaria, alargaba la ducha, coqueteaba en el recreo, agendaba la fiesta del viernes, del sábado, guardaba el número telefónico de uno, cinco, siete hombres, ya fueran compañeros de clase, conocidos de un antro o contactos de internet.

Eloísa experimentada.

Eloísa encendida.

Eloísa desencadenada.

Qué vientos te soplaron y con qué fuerza, te impregnaste del soplo de los dioses.

## VI

Sus senos enaltecen a quien mira,  
honran la curva de una mano, embriagan la  
sed de toda boca, sorprenden cuando están  
en calma, hechizan cuando se mueven.

Flotan... y animan a volar.

## VII

La pista de baile se abre. Explota la conmoción. El antro se vuelve un cuadro en blanco y negro. Las siluetas se mezclan entre el humo y el ensueño: danzan alocadas a un ritmo desenfrenado.

Pechos vibrantes.

Ánimos flotando.

¡Oh, noche!

Cuerpos en contorsión.

Ojos deslumbrados

Temores mudos.

¡Oh, juventud!

Besos oceánicos.

Tiempo sin horas.

Lenguas en malabar.

Y el mundo, intempestivamente, se va empañando.

## VIII

Su cuello es el emisario de lo altivo,  
presume por donde pasa, gira para elegir.  
Cuando el viento sopla, rendido, fascinado,  
se corta a su paso y silba.

Sus hombros son el monumento a lo  
oblicuo. Quien se desliza o se escurre a  
través de ellos desea repetir la experiencia.

## IX

Eloísa, experta en vuelos arriesgados y en caídas placenteras.

Su cuerpo es una creación de geometría calculada, de geografía en libertad:

abierta,

sedienta,

inmensa.

¿Cuántos hombres caben en tu andar?  
Yo quisiera ser Carlos y Humberto y Alfonso, también Hernán, Leopoldo y Ariel, pero soy el poeta que te inventa: te trazo con mis letras y te desdibujas en brazos ajenos.

Ah, Eloísa, cómo arde sentir que te quiero y saber que estás tan lejos, cómo arde imaginar que eres de otro, cómo arde creer que nunca estarás conmigo. Aunque...



al escribirte, leerte y reescribirte, ¿no eres más mía que de los demás?

Caen las palabras sobre tu cuerpo, caen con un peso de siglos enmohecidos, empapan el campo, la ciudad, caen sobre ti, repiquetean y florecen el idioma de tu piel, Eloísa de placeres prometidos.